

Fragmentos de *Volverse Palestina*¹

LINA MERUANE

Recibido el 9/3/2016
Aceptado el 29/4/2016

dirección: palestina

No es regresar pero la idea del viaje aparece con ese verbo a cuestas. Ese verbo y todos sus sinónimos y una sucesión de eventos fortuitos me empujan en dirección palestina. Ocurre así la aparición del primer emisario: me subo a uno de los cientos de taxis llamados gitanos que circulan por mi barrio neoyorquino. Tomándolo por dominicano o ecuatoriano o incluso por mexicano de Puebla me dirijo al chofer en español para pedirle que me lleve al aeropuerto. Pero escucho en su respiración un leve acento que tampoco es gringo. Afino el oído, detecto entre sílabas una inflexión árabe. Antes de preguntar y acaso equivocarme me fijo en la tarjeta de identificación adosada al respaldo de su asiento: tiene un nombre inequívoco, un nombre unido para siempre a la resistencia y a la autoridad palestina. Jaser. Árabe de dónde, le pregunto, y en el retrovisor reconozco los ojos de mi abuelo. Es un palestino de un pueblo al norte de Jerusalén que no identifico. Cerca de Ramallah, explica. Un pueblo del West Bank, aclara en inglés por si ese nombre me suena más que Cisjordania. No debe estar tan lejos de Beit Jala, digo yo, y él asegura que no está nada lejos en distancia, aunque en tiempo, depende, y deja la frase en suspenso. Y entonces le digo que de ahí proviene una parte de mí. Le pregunto si conoce mi apellido pero él nunca lo ha oído nombrar. Le menciono otros apellidos de la colonia y a continuación le cuento que en Chile vive la mayor comunidad palestina fuera del mundo árabe.

¹ *Volverse Palestina* fue publicado por Random House, Barcelona, en 2015. Los fragmentos fueron cedidos por su autora para su publicación en el presente volumen.

Que los primeros palestinos emigraron desde cuatro ciudades cristianas de Cisjordania. Que a Chile siguen llegando los suyos. Que los últimos venían escapando de Irak. Ahora son todos musulmanes, como usted. Son todos refugiados que mi país acoge y que quizás con el tiempo se vuelvan chilenos comunes y corrientes. Como yo. Veo desde atrás su cabeza asintiendo a todo lo que digo, pero cuando llego a la última línea Jaser se da vuelta y me corrige. Usted es una palestina, usted es una exiliada. ¿Usted no conoce su tierra?, dice sin pausa y con sorpresa pero sin recriminación. Debería ir allá, usted, dice activando mi palestinidad con el ritmo de su habla. ¿Para dónde viaja ahora?, y sin hacer la coma, dejándose de formalidades, me lanza un ¡oye! dominicano, ¿España?, desde Madrid los territorios no están tan lejos. Unas cinco horas en avión. Debería ir, insiste, volviendo velozmente a lo formal, le va a encantar su tierra, y empieza la campaña del porqué del regreso. Volver a Palestina, me digo, mientras habla, asaltada por la certeza de que nunca se me había ocurrido ese destino. Lo pienso un momento más al tiempo que me meto en el bolsillo la tarjeta de Jaser. Pero al llegar al aeropuerto descarto la idea, y la tarjeta. Archivo ambas como una extraña casualidad.

correos de jaffa

No me olvido de Palestina, sin embargo. Aunque estoy atareada durante los días de Madrid, las palabras de Jaser insisten en colarse entre mis proyectos. Incluir Palestina en la colección que dirijo sobre lugares en una pequeña editorial independiente. Encargarle a algún escritor avecindado en la zona una crónica como manera de resolver la deuda que de pronto se me impone. Surge el nombre de un conocido-en-Jaffa, rescato su dirección electrónica, escribo de inmediato para extender la invitación. Entra, de vuelta, en un rebote instantáneo, otro correo. El escritor acepta la propuesta explicando que hace tiempo tiene aparcados los territorios. Y desde que dejó de trabajar sobre la región, leo en mi pantalla, su forma de ver el conflicto ha cambiado. “Y mi forma de narrar, también”. Dice haberse vuelto “más consciente de los aspectos sutiles, y esas sutilezas me parecen ahora fundamentales.” Quizás un diario de su vida en Jaffa, sugiere, y me lo imagino negociando consigo mismo el formato y el registro que ese nuevo texto debiera tener, lo imagino entregándose compulsivamente a aban-

donar su largo silencio. A continuación me lanza un inconveniente al que yo todavía no había llegado: la necesidad de encontrar pronto quien escriba la contraparte del libro en esa colección de libros armados siempre a cuatro manos: dos de narrador, dos de narradora. “No conozco a ninguna mujer que escriba en castellano sobre esta zona”, apunta él al cierre del correo. Cuando termino de leer ese mensaje advierto que hay otro suyo a la espera de ser leído. “¿Conoces la tierra de tus ancestros?”, pregunta, recordándome la frase de Jaser. “¿No te animas a ser la pareja palestina del libro?”. Aparece a continuación un tercer mensaje en el que el escritor dice, apresuradamente, suponiendo que todavía estoy leyendo su mensaje anterior, que él comprende que se trata de un viaje caro pero me ofrece el hospedaje: “Tienes un sofá a tu disposición y dos adorables criaturas que invariablemente te despertarán a las seis de la mañana. Si de verdad te animas nos inventamos una metodología bizarra para escribir el libro. Ya me dirás cuándo quieres venir”. Ir o no ir, esa será mi pregunta. Ir y escribir, o no ir y nunca dejar mi Palestina por escrito.

otra vez ramallah

Regreso a Nueva York de ese breve viaje europeo y preparo las maletas para partir a Chile. Pido otra vez un taxi y al subir al auto veo aparecer al mismo viejo genio de la lámpara anterior. El genio de mi mala conciencia o de mi deseo, me digo, repentinamente habitada por manidas imágenes orientalistas. Lo cierto es que hay cientos de taxistas latinos que circulan por el norte de Manhattan y es Jaser quien en el instante de mi llamada circula más cerca, él quien llega, por eso, a recogerme ¿Y para dónde va ahora?, me dice levantando mi maleta y los labios en una sonrisa. ¿Ahora sí Palestina? Algo así, le contesto, pensando que Chile es mi único Levante. De mi familia, en Beit Jala, no quedan más que un par de mujeres que llevan en algún lugar el Meruane. Los demás portadores del apellido viven desperdigados por nuestra loca geografía. Quizás en Chile usted también tenga a alguien, le digo, abriendo la ventana, pero Jaser no tiene a nadie allá. Su familia se aferra a lo poco que le va quedando porque eso es lo que hay que hacer ahora, dice. Aferrarse a lo que queda de Palestina para evitar que desaparezca. Que no la hagan desaparecer porque dejamos las puertas abiertas. Este es el momento de quedarse, es el momento de volver. Pero usted está aquí, igual

que yo, observo. ¡Alguien tiene que mandarles el dinero!, responde en su castellano dominicano lleno de arabescos. Veo sus grandes ojos en el retrovisor, su cabeza que gira cuando el auto se detiene en la luz roja, su mano extendiéndome unas galletas de almendra que su mujer le prepara para su largo día de autopistas. Y entonces, dice, tragando con dificultad la masa dulce, ¿cuándo va para nuestra tierra? En marzo, le digo por decir cualquier cosa, y aunque no tengo plata para ese viaje empiezo a imaginar que lo que digo es cierto.